

EL VALOR DE LAS DIFERENCIAS. PAREJAS TRANSCULTURALES.

Guillermo Ballenato

Permítanme contarles una anécdota real. Se trata de una pareja que atraviesa momentos de crisis con una periodicidad notable. Hace tiempo él le regaló a ella un bolso fantástico pero, tras cada discusión, ella se lo devuelve desairada. Al producirse al poco tiempo la reconciliación él le restituye de nuevo su regalo. Y así sucede una y otra vez. Ante esta circunstancia los amigos han decidido dejar de preguntarles “si están discutidos y se han arreglado”, y han pasado a preguntarles discretamente “dónde está el bolso”.

Las disputas parecen ser un elemento consustancial a las propias relaciones humanas. En la pareja los desacuerdos son algo más o menos habitual. Las controversias se producen por diferencias de opinión, por divergencia en los puntos de vista, por distancia psicológica a pesar de la cercanía propia de la convivencia. Discusiones que, por otra parte y bien llevadas, pueden ayudar a enriquecer y a mejorar la relación. Una pareja que no discute nunca puede resultar tan alarmante como otra que viva sumida en una disputa constante.



Algunas estadísticas

Si analizamos las estadísticas recientes, de los 200.000 matrimonios anuales que se producen en España un porcentaje no poco significativo de parejas pasan por procesos de ruptura. Según los datos de los últimos años se registran en torno a unos 120.000 divorcios anuales y cerca de 10.000 separaciones. Aproximadamente el 20% de estas rupturas se producen en parejas que llevan menos de cinco años casados. A pesar de la ligera disminución del número de divorcios en los últimos años, cabe destacar un incremento de más del 15% de rupturas en matrimonios que llevan menos de un año casados, según datos del Instituto Nacional de Estadística. Por otra parte se da la circunstancia de que casi en el 10% de los casos uno o ambos cónyuges tenían nacionalidad extranjera.

El panorama que parece derivarse de estos datos parece algo sombrío. Sin embargo hay un cierto número de parejas que se muestran satisfechas de la convivencia y encuentran en ella oportunidades para su felicidad y su propio desarrollo personal. La cuestión de fondo a la que deberíamos intentar dar respuesta sería la siguiente: ¿Qué variables determinan el grado de adaptación, satisfacción y éxito en una relación de pareja? Las posibles combinaciones de estas variables resultan tan diversas y complejas que la respuesta no es tan simple, ni válida para cualquier caso.

Factores de éxito en la pareja

Existen algunos factores y condiciones que pueden determinar un ajuste más positivo en una pareja. La primera cuestión que se plantea suele ser si es mejor que las dos personas sean “iguales o diferentes”. Sin embargo, lo que en realidad deberíamos analizar no es tanto la similitud o la disparidad, sino en qué aspectos se manifiestan ambas y en cómo se perciben y enfocan. Lo cierto es que la idea de la media naranja ha sido malinterpretada durante demasiado tiempo. El ser humano se asemeja más a una fruta completa que a la media parte de un igual que no suele existir.

¿Cómo pueden afectar a la relación de pareja las diferencias de etnia, edad, religión, cultura, formación, actividad, ideología, riqueza, estatus...? A menudo la sintonía es una cuestión más relacionada con la propia química de la pareja que con las variables anteriores. En cualquier caso, lo que realmente afecta es el hecho de anteponer el dogma, el prejuicio y el estereotipo al valor en sí de la propia persona como ser humano. Las verdaderas barreras para superar las diferencias están en la mente. Tal y como afirmaba Albert Einstein, probablemente resulte más fácil destruir un átomo que un prejuicio.

El clásico trinomio “salud, dinero y amor” habla de condiciones que afectan de forma determinante al devenir de la relación más allá de las desigualdades ente los cónyuges. El amor queda

en general bastante vinculado a los otros dos elementos. El hecho de tener que afrontar juntos una mala situación financiera -que deja a la pareja sin recursos, sin seguridad y sin estabilidad económica- o la pérdida de salud -por una enfermedad o por el surgimiento de una discapacidad-, son pruebas de fuego que pueden fortalecer o destruir la relación de pareja. La diferencia no existía previamente sino que ha sucedido en el transcurso de la relación. Lo importante será cómo se afrontó.

Empatía y educación

¿Porqué dos personas con una discapacidad similar suelen convivir de manera bastante satisfactoria? El grado de comprensión de la situación de su pareja es muy elevado en este caso. Y la propia experiencia ha dinamitado cualquier tipo de prejuicio. Es más fácil encontrar dificultades para convivir con personas que presentan alguna peculiaridad o diferencia destacada cuando se tiene menos experiencia, menos madurez y menos empatía -les cuesta ponerse en el lugar del otro y sentir cómo sienten ellos su situación-. Resulta igualmente complicado cuando es la propia persona “diferente” la que se desprecia o rechaza a sí misma por su singularidad.

La educación que se ha recibido, entendida en su sentido más amplio, juega un papel nuclear en esta cuestión. La educación es el pegamento que en muchos casos se encarga de unir lo que la etnia u otras diferencias podrían separar. El enriquecimiento cultural acaba por pulir las desigualdades y puede repercutir positivamente también en las respectivas familias. La convivencia acaba por soldar en muchos casos esas alianzas. Dice el refranero popular que “dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición”. En efecto, hay matrimonios que terminan por parecerse de forma asombrosa. La propia convivencia va generando aprendizajes y unificando formas de entender el mundo, de comportarse y de relacionarse.

Heterogeneidad libre de prejuicios

¿Diferentes? Por supuesto. La heterogeneidad es una variable que aporta riqueza a los equipos humanos. No hay dos personas iguales. Cada individuo es diferente del resto. Recuerdo aquella reflexión de Jean Paul Sartre que afirmaba que ninguna persona es como otra; no es mejor ni peor, simplemente es otra, “y si dos están de acuerdo es por un malentendido”. Hay personas que tienden a magnificar y a acentuar las discrepancias mientras que otras se centran en los puntos en común. Cuando la pareja es capaz de reírse, emocionarse y disfrutar con las mismas cosas se acaban por subsanar las diferencias.

Tras investigar a fondo sobre los fenómenos naturales, la ciencia ha terminado por concluir algo que resulta tan evidente como interesante: las diferencias generan la vida. Podemos alentarlas e incluso provocarlas, pero ante todo debemos ser capaces de valorarlas sin prejuicios. En su famoso discurso “Yo tengo un sueño”, Martin Luther King ponía de relieve la importancia de no juzgar a las personas por aspectos tales como el color de su piel, su género o su religión, sino por el contenido de su carácter.

Rasgos de personalidad

Es en la personalidad donde existen elementos que resultan críticos a la hora de determinar el posible devenir de una relación de pareja. A menudo se habla de incompatibilidad de caracteres. Una relación sentimental debe permitir la satisfacción de las necesidades de cada miembro de la pareja. La convivencia puede resultar más tortuosa en aquellos casos en los que esto no se produce. Por ejemplo si un miembro de la pareja es muy afectivo, sensible y necesitado de muestras de cariño, mientras que el otro es frío y poco dado a manifestaciones emocionales.

Hay aspectos donde la compatibilidad parece surgir de esa propia disparidad. Por ejemplo en aquellos casos en los que un miembro de la pareja se muestra atrevido, activo y resuelto, mientras el otro es más propenso a la timidez, la reflexión y la indecisión. Probablemente una persona soñadora, idealista y proclive a montar castillos en el aire pueda encontrar un buen complemento en una pareja práctica, realista y con los pies en la tierra. Por su parte, alguien más introvertido podría aprovechar las habilidades de una pareja más sociable y extrovertida.

En algunos casos la relación se complica cuando existe un acusado desnivel intelectual o de formación, así como una distancia extrema en las inquietudes y focos de interés. Se pueden encontrar dificultades también en aquellos casos en los que es significativa la diferencia en el nivel de madurez y estabilidad emocional de ambos miembros de la pareja. O en el grado de dependencia o independencia que reclama cada uno de ellos.

Parejas transculturales

Las barreras sociales que nos mostraban películas como “Adivina quién viene a cenar esta noche” han ido cayendo en las últimas décadas. El amor no suele entender de etnias, culturas, religiones o ideologías. El mestizaje cultural no sólo no es un obstáculo en las relaciones sentimentales, sino que es un motivo de enriquecimiento. Mezclas exóticas derivan en familias culturalmente muy ricas.

Hoy predomina la diversidad. Las parejas transculturales son habituales en una sociedad multicultural. Entre los factores por los que se elige a una pareja de otra cultura está el atractivo de la relación con alguien diferente, la búsqueda de otra forma de entender la vida, o a veces incluso la huida de la propia cultura, a la que se rechaza.

Diferentes formas de ver el mundo

Diversas culturas implican diferentes formas de ver el mundo y de adaptarse a él. De la confluencia de factores ideológicos, educativos, religiosos, sociales y geográficos, surgen rituales, tradiciones y costumbres más o menos arraigadas que subyacen a cada cultura. A través de determinadas conductas se reproducen esos esquemas como factor de adaptación al medio, pero en general no son cuestiones nucleares.

Hay parejas en las que las diferencias son de etnia o de religión; otras difieren en su nacionalidad e idioma; algunas presentan acusadas diferencias culturales. ¿Qué dificultades de convivencia encuentra una pareja en la que se mezclan la cultura occidental y la musulmana, por ejemplo? ¿Qué genera el desencuentro? ¿Se puede abrir un abismo insalvable? Los niveles de integración son además diferentes si hablamos de una primera o de una segunda generación, en la que uno o ambos miembros son a su vez hijos de una pareja transcultural. También será un factor a tener en cuenta el tiempo de convivencia y conocimiento mutuo del que se ha dispuesto.

El choque cultural

¿Qué ocurre cuando una de las familias rechaza al otro miembro? ¿O cuando uno de ellos se niega a separarse de su familia de origen? Es preciso atender a cómo concibe cada uno la idea de igualdad, de monogamia, de fidelidad. En algunos casos se abre un abismo en temas tales como la sexualidad, las ideas acerca de las diferencias entre sexos, los valores religiosos... Ante el conflicto hay que discriminar si el origen está en las diferencias entre los miembros de la pareja o si se derivan de un fuerte choque cultural. Los problemas se amplifican cuando surgen aspectos como el paro, la situación irregular, el aislamiento familiar o la exclusión social. El rechazo social del entorno es una variable que puede afectar en gran medida.

Por su parte, las diferencias religiosas pueden ser origen de conflicto en aquellos casos en los que la doctrina es rígida y se antepone el credo a las personas. A pesar de que la mayoría de las religiones propugnan el respeto, la convivencia y la solidaridad, aún quedan restos de intolerancia, desprecio y rechazo. En algunos casos, éstos provienen más de la familia y del núcleo social de referencia que de la propia pareja.

Comunicación, flexibilidad y respeto

La adaptación mutua es un proceso progresivo que abarca desde el disfrute inicial de las diferencias hasta la progresiva integración y asimilación. Implica incorporar por parte de cada uno algunos aspectos que corresponden a la cultura del otro. Realizar viajes a sus países de origen y visitar a sus respectivos familiares puede ser una buena oportunidad para ello.

Las diferencias de idioma, por ejemplo, se van puliendo con la propia convivencia y experiencia en común. Si algo une o separa a las parejas es la comunicación. La educación, la convivencia y el diálogo son las mejores vacunas frente al posible influjo negativo de las diferencias. Las acortan y las diluyen, acercan a la pareja y permiten resolver los conflictos. No se trata simplemente de hablar sino de establecer una comunicación positiva, clara y fluida, basada en la escucha y en el respeto al otro.

La pareja transcultural deberá decidir con serenidad cuestiones esenciales relativas, por ejemplo, a los criterios para educar a sus hijos. Su grado de bienestar y satisfacción estará vinculado a su actitud positiva, flexibilidad y disposición al cambio. Muchas parejas felices basan la armonía de su relación en la tolerancia y el respeto mutuo, hasta el punto de no pretender modificar sus respectivas formas de ser, de pensar y de actuar. Aun acusando de forma notable cualquiera de las diferencias comentadas, las parejas pueden ser felices y aprender a aprovecharse de esa circunstancia.

Lo verdaderamente importante es que la diferencia no suponga la infravaloración de uno de los miembros. Si alguien se siente inferior y acomplejado por su condición de “diferente” será esa la cuestión que deberemos resolver y no tanto la diferencia en sí. Intentar igualar equivale a renunciar al valor de la diferencia.

* **Guillermo Ballenato Prieto.** Psicólogo, docente y escritor. Universidad Carlos III de Madrid.
Correo electrónico: gballenato@gmail.com / Página Web: www.cop.es/colegiados/m-13106